

Recordar, compartir, aprender

Elche

Juan Gallego Picazo, 83 años

Andrés Cabrera Bernabé, 33 años

EL MANCHEGO

La historia de Juan Gallego no difiere mucho de la historia de tantos hombres y mujeres que vieron su juventud truncada por la época más convulsa que ha vivido España. Una historia que habla de muerte, injusticia e impotencia y que, a fuerza de ser contada por una multitud de voces, parece perder su trascendencia y significado para aquellos que no vivieron las penurias de la guerra. Sin embargo, cuando uno se acerca a una de esas historias y le puede poner cara, nombre y apellido a la tragedia, comprende enseguida que cada una de ellas es única y que sigue siendo tristemente recordada por quienes las sufrieron.

Juan nació en 1926 en Tarazona de la Mancha, un pequeño pueblo de la provincia de Albacete. Habla lentamente, buscando siempre las palabras. De hecho, se queja de que en ocasiones no es capaz de encontrar la palabra exacta. No obstante, su discurso es preclaro, conciso, y hace gala de una memoria sin contradicciones ni fisuras.

Vivió con la bisoñez y la alegría propias de la infancia la dictadura de Primo de Rivera, la dictablanda de Berenguer y Aznar y la instauración y caída de su amada II República. Pero su juventud temprana y su adolescencia, fueron marcadas por la Guerra Civil y los años de posguerra. Y la huella dejada en la vida de Juan por esa lucha fratricida y sus venganzas ulteriores fue tan profunda que, aún hoy, puede advertirse en sus ojos y en su voz una profunda aflicción.

Con poco más de diez años contaba Juan cuando el comienzo de la guerra se llevó a sus dos hermanos mayores al frente. Fueron como voluntarios por el bando republicano. José tenía 19 años cuando ingresó en la escuela de guerra de Paterna, obtuvo el rango de teniente y sirvió en el Ejército del Este. Su último destino fue la batalla del Ebro. Nunca regresó.

Antonio, dos años más joven, estuvo en la Guardia de Asalto realizando servicios de retaguardia. Él sí que tuvo la suerte de volver a reencontrarse con los suyos una vez finalizada la guerra; con su hermano Juan, con su padre Antonio y con su madre Isidra.

De familia acomodada, Juan vivió la guerra y la posguerra sin pasar grandes calamidades. El sufrimiento de Juan y su familia vendría por otros derroteros que no eran los del hambre. La muerte de su hermano mayor sólo fue la primera de una serie de desgracias que aún quedaban por venir. Desgracias no propiciadas por el destino, sino por la mano de los hombres.

A pesar de su juventud, Juan guarda en su memoria la espeluznante imagen de presos, dados muerte en la cuneta, imagen presenciada desde la ventana de su oscura habitación; también recuerda con gran precisión la llegada de los internacionales y su calidad humana; y tampoco se le olvida la lealtad a la república de los comunistas. Pero lo que nunca olvidará y lo que quiere que nunca se olvide, es el asesinato de su querido padre, Antonio Gallego Carretero.

El padre de Juan nació en 1888. Gracias a la buena situación económica de la familia propiciada por las tierras que poseían, Antonio pudo estudiar abogacía en Madrid. Allí se codeó con algunos nombres de la generación del 98 y afianzó sus convicciones republicanas y de izquierdas.

En 1913, puso en marcha en Tarazona de la Mancha la primera publicación de periodicidad semanal con el nombre de El Manchego. Tras el cierre del semanario, Antonio Gallego escribió dos libros, colaboró con otras publicaciones como El Defensor de Albacete y atendió las bodegas y tierras familiares.

Iba a la cabeza cuando los republicanos entraron en Tarazona de la Mancha y tomaron posesión del ayuntamiento. Fue nombrado y ejerció como juez desde 1931 hasta la revolución de octubre de 1934.

Cesado como juez, Antonio pasó un mes en la cárcel y tras esto marchó con su familia a Albacete. El ambiente en Tarazona no era el más propicio para un republicano de izquierdas. Allí estuvo en contacto con otras personas afines a la república y proyectó un viaje a México que finalmente, y por desgracia, no pudo emprender.

Tras el alzamiento de Franco, Antonio se unió a las tropas que venían de Valencia para entrar en Albacete. Durante la guerra, la dirección provincial nombró a Antonio, delegado de abastecimientos y transportes, proporcionando los víveres al ejército y la población.

Con este curriculum no es de extrañar que, una vez finalizada la guerra, Antonio supiera con absoluta certeza que sería perseguido y recluido. Y así fue. Antonio fue encarcelado al poco tiempo de finalizar de la contienda; primero fue llevado a la cárcel de Albacete y poco después trasladado a la cárcel de Villarrobledo donde se le juzgó y condenó a muerte por un delito de ayuda a la rebelión.

Antonio pasó un año esperando el enterado del caudillo, un año eterno en el que la única forma que tenía de comunicarse con su familia era mediante cartas y por la visita semanal de los familiares, que los condenados a muerte tenían como único privilegio. Una de esas visitas fue el escenario en el que Juan vio por última vez a su padre. Una última ocasión en la que apenas sí se dijeron nada, ya que era imposible entenderse entre los gritos del resto de familiares y presos.

Todas las cartas han sido guardadas por su hijo como un tesoro y en ellas se puede leer como lo único que preocupaba a Antonio Gallego mientras esperaba la muerte, era la artritis que sufría su hijo y el bienestar de su familia.

Antonio nunca supo que su cuñado falangista, al que años antes había salvado de ser quemado vivo, hizo cuanto pudo para que Antonio fuera fusilado. Tampoco conoció que su mujer fue encarcelada durante dos meses y que allí sufrió torturas y vejaciones. Pero lo que sí es seguro, es que Antonio Gallego sí supo que su memoria sería guardada por su hijo para que nunca fuera olvidado.

LO IMPORTANTE DE LA VIDA

Juan Gallego vivió una juventud difícil a causa de los años de posguerra, por eso cuando le preguntas por lo más importante de la vida no lo duda ni un momento. Lo más importante para Juan es la paz. La paz entre los hombres y la paz interior.

“Las guerras no traen nada bueno para nadie, no solucionan nada. Sólo traen odio. Y lo más triste es que una vez terminada la guerra, uno no encuentra la paz por mucho que pase el tiempo”, mantiene Juan con una mezcla de odio contenido y tristeza perenne.

“Hay personas que dirán que ellos ya han perdonado a quienes cometieron aquellas atrocidades durante la guerra. Yo ni perdono ni olvido. No puedo. Yo perdí a un hermano, perdí a mi padre y mi madre murió totalmente perturbada por las pérdidas sufridas y por las vejaciones y torturas a las que la sometieron durante el corto espacio de tiempo que estuvo encarcelada, ¿Cómo voy yo a perdonar eso? ¿Cómo puedo yo olvidarlo? ¿Cómo voy a encontrar la paz después de eso?”.

“Además -prosigue Juan- uno se da cuenta que aquellos que tuvieron el poder en los años de posguerra y persiguieron a personas como mi padre, lo hicieron guiados por la ambición de poseer aquello que ellos tenían. Todos los que persiguieron a republicanos o comunistas en aquellos tiempos, como el cuñado de mi padre, años después eran los que más tierras tenían y los que mejor posición ostentaban. Y a mí, el tío político que empujó a mi padre hacia la muerte, no me dio ni un plato de comida”.

“Lo importante es la paz, pero una vez te la han arrebatado, lo importante es seguir viviendo dando lo mejor de ti mismo a quienes te rodean”.